

¿Tendrá propósito la vida?

(Eclesiastés 1; 2)

Entre los escritos que se conocen como literatura de sabiduría, encontramos el libro de Eclesiastés. Salomón escribió tres libros de sabiduría: Cantar de Cantares, Proverbios y Eclesiastés. Eclesiastés 1.1, da a conocer a Salomón como “hijo de David, rey en Jerusalén”. El título “Eclesiastés” significa “el Predicador”.

¿Quién otro pudo haber estado mejor facultado para escribir acerca del significado de la vida que Salomón, cuando éste ya era un anciano? A Salomón se le dotó de un don especial de sabiduría y vivió una vida llena de poder, fama y riquezas —la cual una parte la pasó con Dios y otra la pasó apartado de éste.

A menudo se descuida el estudio de este libro de la Biblia porque la forma de su escritura nos parece extraña. No es lectura fácil; a veces consiste de una serie de pensamientos aparentemente inconexos, los cuales se suceden al azar. En realidad no hay porción de las Escrituras que tenga más relevancia para hoy día. Eclesiastés procura responder una de las más grandes preguntas que se ha planteado el ser humano en su búsqueda del propósito de la vida: “¿Qué estoy haciendo aquí?”.

Si uno no conociera la conclusión del libro, podría creer que el comienzo suena negativo. El autor parece desanimado y decepcionado con la vida. La vida se describe como un estorbo, el trabajo como algo inútil, y los placeres como algo sin sentido. El libro estudia la vida que se vive “debajo del sol” —dando a entender la vida que se vive día tras día. Describe a la naturaleza y a la historia como una serie de ciclos que se repiten año tras año, generación tras generación, sin aparente significado.

Cuando se avanza en la lectura del ensayo, llega a ser obvio que el autor no estaba refiriéndose a la vanidad de la vida en general, sino a la vanidad de la vida sin Dios. Sin Dios, la suma de las ganancias y pérdidas de la vida da igual a cero.

Eclesiastés no es un libro de cinismo y desesperanza. Nunca ha sido la intención de Dios que las personas lo saquen a él de sus vidas. La vida sin Dios es vana, está llena de frustraciones y carece de propósito. Dios nos creó de un modo tal que podamos ser verdaderamente felices solamente con él. Dios es el único que puede ponerle gozo y significado a nuestras vidas. El libro de Eclesiastés nos lleva a la conclusión de que no fue el propósito de Dios que halláramos la realización tan sólo en vivir,... sino en vivir en él.

LA PREGUNTA: ¿CUÁL ES EL PROPÓSITO DE NUESTRA VIDA TERRENAL? (1.3–11)

Las generaciones van y vienen, pero la tierra sigue su curso (1.3–7). Salomón observaba que el mundo natural funciona en ciclos. El sol sale y se pone día tras día. El viento completa un ciclo de movimiento desde el norte hasta el sur y lo vuelve a hacer conforme cambian las estaciones. Los ríos y las corrientes fluyen constantemente al mar, sin embargo el mar jamás

se desborda. Todo parece algo monótono y carente de propósito desde el punto de vista mundano.

Los seres humanos se desgastan trabajando, sin embargo jamás están saciados (1.8–11). Salomón no podía hallar nada nuevo que lo estimulara. Nada había sucedido que no hubiera ya sucedido. Veía a la historia repitiéndose una y otra vez. Esto es lo que el versículo 9, dice: “¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol”.

Aparentemente, a Salomón le parecía que “daba lo mismo que hubiera nuevos logros”. Esto fue lo que escribió:

No hay memoria de lo que precedió, ni tampoco de lo que sucederá habrá memoria en los que serán después (1.11).

Se lamentaba de que “nadie recordará lo que hayamos hecho cuando nos hayamos ido”.

A estas alturas Salomón veía la vida tal como un hombre sin Dios la veía. Algunos de los más ateos que más abiertamente han hablado, han expresado similares puntos de vista cuando llegan al final de sus vidas. Si los seres humanos no fueran más que animales de un alto rango —tan sólo una parte del equilibrio de la naturaleza— entonces la vida humana no sería más que vida animal. No tendrían sentido la valía y dignidad del ser humano. La laboriosidad y el servicio carecerían de propósito. Esta perspectiva filosófica ha llevado a algunos a pensar: “¡No hay razones para ser puros, santos, generosos ni honestos! ¡Viva como un animal! ¡Tome lo que pueda! ¡Sólo preocúpese por usted mismo! ¡Esta vida es todo lo que hay! No hay futuro”. ¿Cuánta gente habrá que vive teniendo tal actitud de desesperanza hoy día?

LA BÚSQUEDA: ¿CUÁL ES EL SIGNIFICADO DE LA VIDA TERRENAL? (1.12—2.11)

¿Por qué se afana la humanidad en esta vida? Los que están sin Dios sólo ven los trabajos y la frustración (1.13–18). Esto fue lo que Salomón dijo: “Miré todas las obras que se hacen debajo del sol; y he aquí, todo ello es vanidad y aflicción de espíritu” (1.14). No ven el modo de corregir las injusticias ni de enderezar lo torcido. No reconocen el poder de Dios para obrar cambios en los corazones de ellos. Tampoco reconocen que el juicio de Dios saldará todas las cuentas.

Salomón dio su corazón a inquirir y no le halló provecho alguno a la sabiduría terrenal. Se daba cuenta que se le habían dado a él más sabiduría y riquezas que a cualquiera otro que hubiera vivido. Hasta esto era frustrante para él: Pues por

causa de su gran sabiduría, sentía el peso de la responsabilidad y la pena.

En su búsqueda del significado de la vida, Salomón probó todas las cosas (2.1–11). Creía que se podía encontrar significado en los placeres pero no resultó de provecho alguno. Halló que en la risa había locura; nada satisfactorio se lograba a través de ella. Luego, probó las bebidas fuertes, y en todo ello continuó buscando mayor sabiduría. Después probó la diversión, pensando que ella podría traerle la felicidad que las personas buscan sobre la tierra.

Por último, Salomón trató de hallar la realización mediante la expansión de su imperio. Hizo que se construyeran edificios de toda clase. Plantó viñas, jardines y huertos completos, con sus sistemas de irrigación. Compró siervos, y le nacieron siervos en casa. Buscó el mejoramiento de las razas de toda clase de ganado. Trató de hallar la realización mediante el aumento de su dinero y la acumulación de tesoros. Experimentó las bellas artes, mediante la formación de grupos corales y de orquestas. Su imperio llegó a ser uno de los más grandes que había sobre la tierra. Tenía todo lo que quería, sin embargo, no estaba realizado.

La experiencia que Salomón tuvo con las cosas que en esta tierra tanto se desean, refleja las frustraciones que tienen millones de personas hoy día. La sabiduría de las enseñanzas de Jesús alumbró como un faro en la noche:

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haced tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan (Mateo 6.19–20).

EL ANÁLISIS: ¿QUÉ APRENDIÓ SALOMÓN DE SU VIDA TERRENAL? (2.12–26)

Salomón llegó a la conclusión de que la sabiduría es mejor que la insensatez, del mismo modo que la luz es mejor que las tinieblas (2.12–16). Aunque el sabio tiene visión y el necio anda en tinieblas —ambos morirán. Salomón llegó a la conclusión de que era poca la ventaja que había en ser sabio. Creía que las generaciones posteriores no recordarían al sabio más que al necio. Ambos serían olvidados pronto. Salomón estaba molesto porque la vida no tenía sentido para él. La vida jamás tendrá sentido si su significado se le reduce a tan sólo un peregrinaje terrenal. El hombre que no tiene esperanza de vivir con Dios, no tiene un propósito permanente para el cual vivir. Pero si se tiene en perspectiva un destino eterno, la vida terrenal se convierte en una arena de pruebas y de

preparación para ese destino. Esto se puede comparar con la experiencia de un atleta amateur, el cual entrena, compite y se prepara para entrar a las grandes ligas.

El anterior análisis llevó a Salomón a concluir que es inútil trabajar arduamente para amasar una fortuna, tan sólo para dejársela a otros (2.17–23). ¿Quién podía garantizarle que sus herederos iban a ser sabios y no necios? Estos herederos se enseñorearían de todo el fruto de su trabajo, hubieran trabajado en ello o no. Salomón concluyó que el trabajo arduo, cuyo único fin es la acumulación de riquezas, no es el propósito de la vida. Le parecía injusto que un hombre trabajara arduamente toda su vida y que después de muerto, otro disfrutara de los frutos de su labor.

En cierto modo, Salomón estaba en lo correcto. Es un perjuicio el que le causamos a nuestros hijos cuando los hacemos herederos de fortunas financieras. Son pocas las personas, incluso entre aquellas que tienen varios años de experiencia, que saben qué hacer con las riquezas terrenales. La anterior aseveración es particularmente cierta cuando se trata de personas que no hicieron nada para ganarse tales riquezas. Son más los hijos que se han echado a perder por haber recibido en exceso que por haber recibido muy poco. Lo que se le debe dar a los hijos es el conocimiento y la oportunidad de ganarse su propia vida. Por encima de todo hay que darles el conocimiento de Dios.

Al principio Salomón afirmaba que no había cosa mejor, la cual una persona podía hacer, que disfrutar de los frutos de su labor mientras vivía (2.24–26). Todo aquello por lo cual trabajamos, y todo lo que recibimos, proviene de la mano de Dios. Dios da conforme a lo que él sabe que necesitamos y podemos manejar. Puede que tome de uno y le dé a otro, porque el primero no puede

hacerse cargo de la responsabilidad de ese don como el segundo sí lo puede. Puede que también tome de uno y le dé a otro porque el primero hace un mal uso del don y el segundo hace un uso sabio de éste. Jesús enseñó esta lección en la parábola de los talentos en Mateo 25.14–30.

Dios espera que nosotros hagamos uso de lo que él nos da, para que le demos gloria y honra a él. Si escogemos retenerlo de él, él puede retenerlo de nosotros. Si no aprendemos cómo hacer uso de nuestras bendiciones para darle honra, puede que él no nos conceda tantas bendiciones a nosotros.

CONCLUSIÓN

El análisis que Salomón hace del significado de la vida nos puede ayudar a poner la vida en la perspectiva correcta. No es lo que tenemos lo que le da sentido a la vida, sino el modo como usamos lo que tenemos. La vida exitosa no depende de las circunstancias que nos rodean, sino de lo que hagamos con esas circunstancias. Es la dirección que lleva la vida lo que determina su significado. Las palabras de Salomón nos ayudan a dirigir nuestras vidas hacia Dios.

Si continuamos nuestro estudio de Eclesiastés, vamos a ver cómo el libro procura enderezar nuestras vidas. A menudo le damos énfasis a lo torcido, a lo que está al revés; reímos cuando deberíamos llorar, lloramos cuando deberíamos reír, tenemos temor cuando no debemos tenerlo, y no atinamos a tenerle temor a lo que sí deberíamos. Vivimos en un mundo que está de cabeza. Nos acostumbramos tanto a ver que las cosas siguen igual a como estaban, que se nos dificulta verlas del modo que deberíamos. Lo que está de cabeza luce de pie. Estamos sufriendo de vértigo moral y espiritual. ¡Crea en lo que dice Salomón! Él habló lo que estaba en la mente de Dios. ■